

XLIX.

Los bárbaros ganaron los primeros  
Su campo de carretas defendido,  
Aunque en derrota impávidos y fieros,  
La noche la pasamos sin descuido,  
Juntando y ordenando los guerreros,  
Y vendando sus llagas el herido;  
Sin cesar el atento centinela  
De repetir el grito de la vela.

L.

“En la fuerza del choque peréciera  
Todo gefe cretense ilustre y bravo,  
Y á una voz el soldado me eligiera,  
Como hijo de Polibio, por su cabo.  
A la legion del Hierro consiguiera  
Salvar de destruccion cierta y fin pravo;  
Constancio una corona me acordára,  
Y el título de gefe confirmára,

LI.

“De las tropas ligeras comandante,  
Al campo de los Francos me estendia,  
Y anhelaba solícito el instante  
Que su luz nos volviese el claro dia,  
Esta luz aparece, y por delante  
A mis ojos se ofrece en la bahía  
El cuadro mas terrible y mas horrendo  
Y el objeto mas raro y estupendo,

LII.

“Por la noche los francos inhumanos  
Con fiereza y barbarie nunca oidas,  
Cortando la eabeza á los Romanos,  
Las pusieran de lanzas suspendidas,  
Mas feroces aun y mas insanos,  
Tenian las hogueras encendidas  
Para abrasar los hijos con las madres  
Y morir juntamente con sus padres.

LIII.

La vista de este objeto lastimoso,  
Un instante paró nuestros guerreros,  
Que ven con sentimiento doloroso  
Los que el dia antes fueran compañeras,  
Mas pronto de su pecho generoso  
Se apodera el ardor, y como fieros  
Leones se les ve luego lanzarse  
Por borrar su ignominia y por vengarse,

LIV.

“Nada puede oponerse á su ardimiento,  
Y asaltando las débiles trincheras,  
Encima de ellas se les ve al momento.  
Entonces se derraman como fieras,  
Y principia el combate mas sangriento;  
Ya el bárbaro miraba á las hogueras,  
Ya corria veloz. . . solo un segundo,  
Y el pueblo concluyó de Faramundo,

LV.

“Mas entonces un viento impetuoso  
Se levanta entre norte y occidente,  
Que agitando el océano espumoso,  
Lo lanza á la ribera fuertemente.  
Como aliado fiel y generoso  
Del bárbaro la mar brava y potente  
Las trincheras del Franco viene entrando  
Las legiones romanas arrollando.

LVI.

“Al ver esto el Sicambro que corria,  
Se detiene, se anima y vuelve cara,  
No dudando que el monstruo que creia  
Ser padre de su Príncipe, (7) enviára  
En su ayuda las olas que veia;  
Y como en nuestras tropas comenzára  
El desórden, ligero y denodado  
Nos carga y nos acosa á todo lado.

LVII.

“Entonces principió la mas estraña  
Y singular escena: allí nadando  
Va el toro con el carro en la campaña,  
Sus astas retorcidas enseñando;  
Aquí el Saliense intrépido con saña,  
Sus bateles de cuero al mar botando, (8)  
Nos persigue y alcanza los extremos,  
Y nos bate y golpea con los remos.

LVIII.

Meroveo se hiciera una barquilla  
De un escudo de mimbre entreteguido  
Y embreado por dentro con argilla.  
En este batel débil conducido  
Nos sigue y nos acosa por la orilla,  
Corriendo á todas partes precedido  
De sus doce valientes campeones  
Que brincan alrededor como tritones.

LIX.

“Las mugeres con gozo delirante,  
Dando fuertes palmadas, bendecian  
La mar libertadora. A cada instante  
Las olas velozmente se estendian  
Aquí por cima de ellas del infante  
Las picas solamente se veian;  
Allí rodando va entre cieno y alga  
El ginete y corcel en que cabalga.

LX.

“Lejos yo de mi tropa, me hallé á un bando  
De algunos caballeros reunido,  
Y con ellos estuve batallando  
Los bárbaros en número crecido;  
Mas sus fuerzas y furia redoblando,  
De mil dardos y lanzas mal herido,  
Encima de un monton caí de muertos  
Con la arena del mar medio cubiertos.

LXI.

“No sé el tiempo que estuve desmayado;  
Mas cuando abrí los ojos, solo viera  
Un campo de cadáveres sembrado  
Que la mar poco hacia sumergiera.  
Queriendo levantarme, abandonado  
De las fuerzas, de nuevo recayera;  
Así seguí algún tiempo, en la balanza  
Fluctuando del temor y la esperanza.

LXII.

“Ya empezaba á faltar la luz del día,  
Cuando llegó una voz á mis oídos  
Que en idioma latino así decía:  
“Hable quien viva aun de los heridos!”  
Tornándose á mirar con alegría,  
Ví un Franco en cuyos miseros vestidos  
De cortezas de chopo conociera  
Ser esclavo; él me vió, y á mí viniera.

LXIII.

“¡Buen ánimo, me dice, jóven Griego!”  
Conocióme en el traje: arrodillado  
Recorre mis heridas con sosiego;  
Piensa un poco entre sí, y asegurado:  
“No las creo mortales,” dice: luego  
Sacando del zurrón un perfumado  
Bálsamo, las lavó con agua clara,  
Y con hojas, por vendas, las atára.

LXIV.

“Mi languidez fué tal que no podía  
Mostrar la gratitud de otra manera  
Que en mi fijo mirar con que esprimia  
La admiracion. En tanto á la ribera  
Sus olas nuevamente el mar volvía:  
Esto en grande embarazo le pusiera,  
Porque entrar no queria tierra adentro,  
Recelando del bárbaro el encuentro.

LXV.

“Entonces en la arena vió encallada  
La nasilla de un Franco, y animoso,  
No obstante que de edad era avanzada,  
Me carga á sus espaldas cuidadoso.  
La marea se acerca, el barco nada;  
Recuéstame en las tablas, é ingenioso,  
Del trozo de una pica haciendo un remo,  
Va guiando el batel con arte extremo.

LXVI.

“De la marea el barco conducido  
Sube un río cercado de florestas,  
Paraje del esclavo conocido.  
Salta al agua; otra vez me toma á cuestras,  
Y me conduce á un antro de él sabido.  
Allí de musgo y hojas bien dispuestas  
Me prepara la cama, me echa encima,  
Y con dulce licor me reanima.

LXVII.

“Pobre infeliz! me dice compasivo  
“Hablándome en mi lengua: esme forzoso  
“Dejaros esta noche, que un motivo  
“Me obliga á separarme poderoso.  
“Pero mañana espero hallaros vivo,  
“Y daros faustas nuevas: del reposo  
“Disfrutad entretanto la dulzura.”  
Dice, parte, y se pierde en la espesura.

LXVIII.

“Por Hércules! Demódoco dijera;  
“No sin causa de mí fueron queridos  
“Los hijos de Esculapio en gran maner.  
“Ellos son generosos, comedidos,  
“Y poseen la ciencia verdadera  
“De arcanos á los hombres escondidos.  
“Entre los profesores de Epidauro  
“Se cuenta al Dios, al héroe y al centauro.

LXIX.

“Dime, hijo mio, el nombre de ese amable  
“Y benéfico Franco, que imagino  
“Que á Júpiter no halló muy favorable  
“Al pesar la balanza del destino.  
“Mas ¿quién resiste al Hado inexorable?  
“Nómbreme luego, pues, á ese divino  
“Libertador que honrarle deseára  
“Segun á Macaon Nestor honrara.”

LXX.

“Haroldo entre los Francos se llamaba,  
Eudoro le responde con agrado:  
Apenas la primera luz brillaba,  
Le ví venir aprisa, acompañado  
De una dama que púrpura arrastraba,  
Semblante magestuoso, aire mezclado  
De piedad y barbarie, que ofrecia  
Estraña y singular fisonomía.

LXXI.

“Mostraos, jóven Griego, agradecido,  
“El esclavo me dice, á la piadosa  
“Muger de Faramundo que ha obtenido  
“Se os salve la vida, y cuidadosa  
“Por librarlos del bárbaro temido,  
“En vuestra busca viene cariñosa:  
“Así, cuando del todo esteis curado,  
“Su cautivo sereis fiel y obligado.”

LXXII.

“Algunos siervos ví que luego entraron,  
Y tendiéndome en ramas enlazadas,  
Al campo de los Francos me llevaron.  
A pesar de las olas encrespadas  
Sus tribus las legiones rechazaron,  
Y á retirarse fueron obligadas,  
Quince dias marchamos de continuo  
Por montes y florestas sin camino.

LXXIII.

“No os diré las penas que pasára  
En marcha tan veloz, pues arrojado  
En los carros de heridos, me encontrára  
La mas parte del tiempo desmayado.  
Mas luego que el reposo principiára  
A volverme el sentido, acongojado  
La vista en torno mio dirigiendo,  
Miré mi posicion y estado horrendo.

LXXIV.

“Esclavo entre los bárbaros, me hallaba  
Entre montes y breñas, recluso  
En una baja choza que cercaba  
Un vallado de arbustos construido.  
De trigo una bebida que amargaba,  
Pan hecho de cebada y mohecido,  
Algun trozo á la vez de cabra ó ciervo,  
Era todo el comer de un triste siervo.

LXXV.

“Así la Providencia sábia y recta  
Del que todas las cosas considera  
Me hizo satisfacer con ley perfecta  
Las delicias que en Neápoli tuviera.  
La estrechez de la choza sucia é infecta,  
La vista de los Francos torva y fiera  
Y el hedor pestilente que exhalaban,  
Los perfumes y olores compensaban.

LXXVI.

“El anciano cautivo no podia,  
De continuos afanes ocupado,  
Visitarme las veces que queria.  
Mas ya de mis heridas recobrado,  
Una tarde que anuncia que seria  
Al campo con los siervos enviado.  
“Animo! me añadió, tened firmeza,  
Que el cielo ayudará vuestra flaqueza.”

LXXII.

“Esta ingrata noticia vivamente  
Me agitó. Mil proyectos ideaba  
De salvarme, mas todos vanamente.  
¿Cómo poder salir de donde estaba?  
La noche pasé insomne; solamente  
A dormirme hácia el alba principiaba,  
Cuando siento una voz bronca y esquiva:  
“¡Siervo romano, levantad, arriba!”

LXXVIII.

“Levantándome luego, por vestido  
La piel me ehan al hombro de una fiera;  
Dánme para comer un pez podrido,  
Y un cuerno en que beber agua pudiera.  
Con los otros esclavos reunido,  
Al monte les seguí, donde les vieran  
Juntar hojas y ramas por el suelo  
Sacándolas con pena de entre el hielo.

LXXIX.

“Los siervos con señales me invitaran  
A trabajar, atando con corteza  
Los haces y montones que juntáran.  
Mas luego conociendo mi rudeza,  
Con un pesado haz se contentáran  
De cargar mis espaldas: mi fiereza  
De este modo la frente al yugo inclina  
Que poco hiciera coronó la encina.

LXXX.

“Cargado de este peso caminaba  
Por la nieve, descalzo y aterido  
Del cierzo que mis lágrimas helaba.  
En un ramo de roble sostenido  
Arrancado del haz que me agoviaba,  
Dirigia mis pasos abatido,  
Cual viejo á quien la edad encorva y rinde,  
Por montes sin camino, senda ó linde.

LXXXI.

“Ya pronto á sucumbir de desaliento,  
De repente al cautivo ví á mi lado  
Que con sola su vista me dió aliento.  
No obstante que su haz es mas pesado,  
Se me acerca tan plácido y contento.  
“Sin duda, me pregunta, habeis hallado  
“El peso que llevais, poco lijero;  
“Mas el uso os lo hará mas llevadero.”

LXXXII.

“Admirado de verle así animoso,  
Conforme siempre igual en la dureza  
De estado tan misérrimo y penoso,  
No pude ya ocultarle mi estrañeza.  
Arrojando su carga presuroso,  
Frota dos palos secos con destreza,  
Saca lumbres, enciende un grande fuego,  
Y sentados su historia contó luego.

LXXXIII.

“Pero ¿quién pensais fuese el esforzado  
Y venerable anciano que sufría  
Con tal resignacion su triste estado  
Y tanta caridad en él se viera?  
Ya sabeis de aquel ínclito soldado  
De la legión Tebea que pudiera  
Salvarse por milagro de la muerte:  
Este era Zacarías bravo y fuerte.

LXXXIV.

“El me dijo la escena prodigiosa  
De aquellos cuatro mil (9) y mas guerreros  
Bravos en la batalla temerosa,  
Tendiendo su cerviz como corderos.  
¡O fuerza de la gracia poderosa!  
El solo entre los otros compañeros  
De un fin pudo salvarse tan sangriento  
Para ofrecer despues otro portento.

LXXXV.

“Por Dionisio en las Gaulas acogido,  
Luego le destinó á servir en la ara  
Del Dios por quien habia combatido.  
Mas el cielo á otra parte le llamára:  
Hallando una muger cuyo marido,  
Esclavo entre los Francos, la dejára  
Con tres infantes tiernos, compasivo  
Fué á ponerse en su plaza por cautivo.”

LXXXVI.

“El me contó los frutos abundantes  
De la gracia en terreno tan fecundo;  
Poniendo entre sus triunfos mas brillantes  
A Clotilde muger de Faramundo.  
“Mirad, dijo, de bárbara que era antes,  
“Ahora ofrece un ejemplo sin segundo  
“De modestia y virtud esclarecida,  
“Y á sola su bondad debeis la vida.”

LXXXVII.

“Y es posible, me añade, que nacido  
“En ese clima dulce y apacible,  
“Tan cercano al pais favorecido  
“Del Señor, os mostreis mas insensible  
“A su gracia y aviso repetido  
“Que este bárbaro tosco é impasible?  
“¡Hijo mio! en sus luces celestiales  
“El remedio hallareis ¡ vuestros males.”

LXXXVIII.

“Padre mio! exclamé todo turbado  
“De vergüenza y pesar sobrecogido:  
“Vuestro cargo es en tanto mas fundado  
“En cuanto hablais á un fiel envilecido.  
“Yo soy cristiano, sí; mas olvidado  
“De esa divina ley en que he nacido,  
“No supe ser feliz cuando culpable,  
“Y ahora soy infeliz y miserable.”

LXXXIX.

“Jesucristo! Dios mio! esclama el santo  
“Levantando sus manos hácia el cielo:  
“¿Es posible me deis consuelo tanto  
“Que vea un siervo vuestro en este suelo?  
“Enjugad, hijo mio, vuestro llanto,  
“Que el Señor es benigno y con anhelo  
“Recibe al pecador que humilde implora  
“Su proteccion y sus pecados hora.”

XC.

“Desde entonces, doblando su cuidado  
El santo con amor caritativo,  
Jamás se separaba de mi lado,  
Ayudándome en todo compasivo.  
Mi pecho se sentia consolado,  
Y ya llevo las penas del cautivo:  
Con mas resignacion desde que via  
Que un Confesor conmigo las sufría.”

XCI.

“El me hizo ver tambien la ilustre esposa  
Del viejo Faramundo, que advertida  
Me recibió benigna y obsequiosa.  
De mi estado infeliz compadecida,  
Hizo me releváran la penosa  
Tarea, y me empleasen en seguida  
Con los siervos que van en comitiva  
Del Rey cuando á la caza al campo iba.

XCII.

“En esta caza á veces sucedia  
Hallar la libertad tan deseada  
El siervo que en valor se distinguia,  
Prenda de aquellos bárbaros amada.  
Yo tuve la feliz suerte que un dia,  
Yendo al lado del Rey, de una estocada  
Maté á sus pies un oso corpulento,  
Y él me declaró libre en el momento.

XCIII.

“Ya entonces la risueña primavera,  
Animando los bosques y los prados,  
De los combates la época volviera.  
Los gefes de los francos congregados  
En la isla (10) en que á Herta se venera  
Despues de varios choques y altercados,  
Por la paz finalmente se inclináran,  
Y á ofrecerla á Constancio me enviáran.

XCIV.

“De Clotilde en la noche despedido,  
Por no dar tiempo al cambio, á el otro dia  
Partí, por Zacarias conducido  
Que me hizo hasta las Gaulas compañía.  
En vano de su suerte condolido  
Le insté á que me siguiese: á mi porfia  
Me respondió cogiendo á nuestra marcha  
Un lirio que apuntaba entre la escarcha.

CXV.

“Mirad, dijo, esta flor que simboliza  
“La tribu de los Salios, cómo crece  
“En medio de la nieve, y rivaliza  
“Con ella en la blancura: así florece  
“La virtud que la vida inmortaliza.  
“Como á esta flor la escarcha la emblanquece,  
“Así espero despues de prueba dura  
“Se presente al Señor mi alma pura.”

XCVI.

“Dichas estas palabras, con la mano  
Señalándome el cielo en que algun dia  
Debiéramos vernos, el anciano  
Se separó de mí. Así instruía  
El divino Maestro del cristiano  
Sus Apóstoles rudos cuando hacia  
Hablar la yerba y el heno de los prados  
Y los lirios del valle delicados.